

el enternecimiento; razon tenias cuando no há mucho nós decias que habias venido aquí para enseñarnos á morir.

Y de allí á un rato, como mezclando las ideas religiosas con el fanatismo político, comenzó á tararear una cancion entonces muy popular, y que decia así:

Yo el gran Leopoldo, el primero,  
Marqués de Esquilache augusto,  
Rijo la España á mi gusto,  
Y mando á Cárlos tercero.  
Hago en los dos lo que quiero,  
Nada consulto, ni informo,  
Al que es bueno le reformo,  
Y á los pueblos aniquilo,  
Y el buen Cárlos, mi pupilo,  
Dice á todo: *me conformo.*

Suficiente tiempo han tenido nuestros lectores para conocer en los dos huérfanitos que, vestidos de luto, iban á la iglesia de Robledo acompañados de una hermana de la Caridad, los hijos que en tan singular testamento habia legado un obrero sublevado ó seducido á aquella benéfica criatura.

Amaneció el siguiente dia, y apenas asomaban los rayos del sol dorando débilmente las torres y cúpulas de Madrid, ya Robledo estaba sobre las armas: al toque de diana se siguió el de generala, y ya en pié todas las tropas de la guarnicion que habian sido enviadas para someter á los insurrectos y darles una buena leccion, se aprestaban al combate, y los sublevados, por su parte, con un heroismo digno de mejor causa, se disponian á la defensa. La hermana de la Caridad, ayudada por Cachirulo, habia prestado auxilio á todos los heridos, y cada cual la buscaba para colmarla de elogios, que ella oia con la mas completa indiferencia.

Rompióse el fuego, y los insurrectos, aunque en mucho menor número, se defendian denodadamente parapetados tras de las ventanas. El coronel que mandaba las fuerzas reales se desesperaba al ver que perdia tanto soldado sin adelantar una pulgada, y tomó, por fin, la resolucion de proponerles parlamen-

to; ofrecióseles la vida si se rendían, pues pasados diez minutos la guardia Chamberga entraría á viva fuerza y no daría cuartel.

La hermana de la Caridad, enterada de la proposición, los exhortaba para que admitieran; pero esta vez no hicieron caso de ella, y contestaron que admitían la proposición siempre que se les permitiese salir tambor batiente y marcharse por donde quisieran; pero la tal proposición no podía ser aceptada en modo alguno por un militar que en algo apreciase su uniforme, y se contestó con una nutrida descarga, que dirigida exclusivamente á la puerta del convento, la descerrajó. Aproximáronse algunos valientes soldados á abrirla, pero llegaron tarde á verificarlo; pues habiendo bajado á la iglesia todos los sublevados, la abrieron ellos mismos con grande asombro de las tropas reales y presentando sus pechos al enemigo. Allí se estableció una lucha sangrienta, desastrosa, quedando todos los sitiados tendidos sobre el vestíbulo, mezclados sus cadáveres con los de los muchos soldados que habían perecido en tan terrible combate: iban los soldados á entrar en la iglesia, creyendo, sin duda, hallar nuevas víctimas que sacrificar, cuando de repente oyen una voz que les dice:

—Alto, hermanos cristianos, no profaneis mas la casa del Señor, que harto profanada lo ha sido; y si quereis entrar en ella descubrid vuestras cabezas, y que sea para rezar por el alma y el descanso de los que yacen tendidos á su puerta.

Era la hermana de la Caridad; era la angelical Peonza, que subida junto á la cruz de piedra del vestíbulo, se asemejaba á una aparición fantástica, á la religion personificada con sus sagrados atributos. Su voz, clara y melodiosa; su actitud, imponente y majestuosa, y hasta el hábito que vestía, formaban el cuadro mas perfecto y bien estudiado que pudiera concebir el pincel de Miguel Angel; era la voz de la Caridad llamando á las puertas de aquellos corazones, y lo consiguió; pues por mandato del coronel, jefe de la tropa, entraron todos en la iglesia, llevando en triunfo á la Peonza.

Dispénsennos nuestros lectores si hemos amalgamado en la

descripcion de un templo de la época del renacimiento, este recuerdo histórico de fecha no muy lejana; pero es lo cierto que lo hemos hallado escrito con sangre en aquellos pilares, y á fuer de exactos cronistas, preciso nos ha sido copiar lo que aquellas piedras y aquellos ladrillos nos dictaron: no es, ciertamente, culpa nuestra, si con tanta elocuencia hablan aquellos vetustos muros, y sobre todo si entre el polvo de su antigua existencia tuvo no poco que decirnos de lo que pasa hoy á nuestra vista.

Habiase ya susurrado bastante aquellos dias, que persona no vulgar habia dado lo necesario para el levantamiento del pueblo, y la sospecha pública recaia sobre el marqués de la Ensenada, ministro que no contento con haber sido libertado del destierro, conservando su toison de oro, y el sueldo y honores de Consejero de Estado, no disfrazaba su ambicion de volver á una secretaría.

## XX.

### ANIMACION, ALGAZARA.—LA CÉLEBRE MARIPOSA Y SU APOTEOSIS.

Ya que conocen nuestros lectores la plaza de Robledo en toda su topografía, y hasta en sus emociones morales (dispéñsenos la espresion), toda vez que al darles á conocer su iglesia hemos representado ante su vista la mas importante escena de su historia á la par que la mas deplorable, justo será que prosigamos haciendo su fotografia en todo su conjunto, y que presenciemos las diversas escenas que en ella tenian lugar el 15 de agosto de 1780. Revistemos los variados grupos diseminados en ella acá y acullá; visitemos todos sus rincones; escuchemos todas las conversaciones, y por este estudio tan minucioso y entretenido, comprenderemos la estraña animacion que en ella reinaba.

Allí habia gente de chapa, gente buena y bizarra de la tierra y fuera de ella, aficionados á capear toros, castigadores de caballos, atemorizadores de vida ajenas, bailadores, cantadores, hombres perdona-vidas con calzon y botin, mujeres bullidoras y retozonas, mozas espigadas y robustas con mantillina y sayas.

Habíase pasado ya la mañana de aquel día, parte en la iglesia, donde el P. Rodolfo se esforzó porque sus oyentes comprendieran bien los sagrados misterios de la Virgen, y parte en oír las atronadoras campanas y en presenciar la llegada de los novillos que debían ser lidiados por la tarde, acudiendo á la procesion que aquel día salió vistosísima, ó viendo el asiduo trabajo de los mozos, colocando carretas y empalizadas en las boca-calles que daban á la plaza.

Ya en otro lugar hemos hablado largamente de las corridas de toros; ya se las considere como espectáculos de circo; ya se las mire como recuerdos caballerescos de la edad media; ora se las califique con filosófica imparcialidad; ora se las considere como muestra del esfuerzo y bizarría española, es lo cierto que su existencia, única y peregrina entre nosotros, su remota antigüedad en nuestros anales y crónicas por su sello de originalidad, estrañeza, valor y gallardía, han llegado á ser y son efectivamente un distintivo peculiar de la noble España y de sus bravos y generosos hijos.

Ya se figurarán nuestros lectores que en la plaza de Robledo, ataviada de la manera que han visto, no van á presenciar una corrida de toros en regla, ni menos á presenciar las suertes que tan célebres hicieron los nombres de los Marchantes y Gamero, ni á ver reproducirse las gentilezas de los antiguos Ramirez de Haro, Laureano Ortega, Rojas, Aguilares, Vargas Machuca ni condes de Puñoenrostro, sino que van á asistir tan solo á una corrida de novillos, así como si digéramos que en vez de asistir á una buena representacion teatral, desempeñada por los mejores actores, tuviesen la humorada de acudir á una comedia casera. Las corridas de novillos, que harto conocen nuestros lectores, son otros tantos insultos hechos al arte tauro-máquico; pero que no por eso dejan de escitar al orgullo de los mozos del pueblo, de ocasionar desgracias sin cuento, y sobre todo de mantener viva una funcion señalada con el epíteto de bárbara por no pocos hombres de talento, funcion que á pesar de sus muchos detractores, á pesar de sus excesos y de sus puntos de *barbaridad*, ha subsistido, subsiste y subsistirá mientras

haya hombres y toros, españoles y ganaderías. Algo chocante es, por cierto, que nuestros legisladores se hayan ocupado, con no poca detencion, de los desafíos, prohibiendo la lucha entre dos hombres, y no hayan pensado en prohibir la lucha de un hombre con una fiera; pero las cosas están así dispuestas y hay que tomarlas como son.

Celebróse la corrida de novillos en Robledo con todos sus correspondientes azares y peripecias, tan iguales entre sí que en realidad no comprendemos cómo haya quien encuentre una constante variedad en las posiciones que presenta el bicho y el hombre; hubo porrazos, hubo cogidas, que á ser los toros de puntas, otra cosa hubiera sido; y sin embargo, al concluirse la funcion, de la que salió el público muy complacido, habian entrado tres huéspedes en el cuarto de la Salud, de los cuales uno de ellos, sobrino carnal del alcalde de Robledo, no tenia mas que cuatro costillas rotas, un brazo dislocado y la cabeza abierta; que en esto de novillos suele suceder lo mismo que á los que montan en burros, que la caida es mucho mas peligrosa que si fuera de un caballo amaestrado. Pero el público se divierte con pan y toros, como últimamente habia dicho Jovellanos, y convenia darle toros y pan.

Hubo tambien en aquella ocasion otra cosa muy frecuente en esta clase de diversiones, y fué que uno de los tendidos, contruidos á la ligera y contra todas las leyes de Vitrubio, se vino abajo cuando mas cargado estaba de gente, y allí fué de ver la gritería que se armó, las cosas raras que salieron á relucir y los heridos que resultaron; pero la marcha solemne del espectáculo no se detuvo sino cortos momentos, y cada cosa volvió á su ser, menos las cabezas, las piernas y los brazos rotos que aquel hundimiento ocasionó.

Terminóse felizmente la funcion, y decimos felizmente, no como un sarcasmo lanzado á sus resultados, sino porque lo probable era que, á durar una hora mas, se hubiera aumentado el número de las víctimas. Era de noche, y el programa llamaba á las gentes al baile que debia celebrarse en el mismo local. Desembarazóse todo aquel anchuroso ámbito de las car-

retas, barreras y tendidos que en él se habian plantado, lo cual, dicho sea de paso, fué practicado en poco mas de diez minutos, en lo que queda probado que el hombre, en todos tiempos, destruye mas pronto que edifica, y hasta lo hace con mas entusiasmo; y mozos y mozas, y ricos y pobres, dispusieronse todos al baile.

Aquí es donde queremos hacer la fotografia de la plaza de Robledo, porque si animada se habia mostrado al pasar en su derredor y calles adyacentes la procesion; si alegre y alborozada se ostentó ante las mal ejecutadas lides tauromáquicas, nunca estuvo tan sublime, tan poética, tan diversificada, tan armónicamente desarmonizada como desde el crepúsculo vespertino.

Por un lado se veian gruesos grupos de jóvenes ansiando el momento de que el señor alcalde diese la señal de empezar la danza; por otro se formaban corrillos de la gente menos alborotada, criticando, por supuesto, las costumbres del dia y comparándolas con las de sus tiempos, de cuya comparacion salian por decontado, mal paradas las presentes. Aquí un fabricante de buñuelos, que rociados con harina en vez de azúcar, saboreaban entusiasmados unos cuantos chicos y grandes; allí, un puesto de aguardiente tan perjudicial como seductor; mas allá, unos cuantos frailes exhortando á la moderacion; por aquí un mozo desesperado porque su novia daba palique á otro mozo; por allí un padre prohibiendo á su hija que saliera á bailar, tan solo por evitar se jaleara con cierto individuo, y por todas partes ruido y bullanga, repiqueteo de castañuelas, el ágrío afinar de los instrumentos, y el denso humo que producian los buñuelos y los muchos hachones de azúfre y cal que iluminaban la escena.

Pero es el caso que en Robledo habia corrido la voz de que habia llegado de Madrid y de incógnito, una famosa bailarina, y aunque orgullosas las mozas del lugar con su habilidad en este arte, no dejaba de causarles cierto rubor al haber de soltar sus habilidades, esponiéndose quizás á la crítica de la dichosa desconocida. Sin embargo, era tal el deseo que tenian de lucir sus pantorrillas, y el cachito de orgullo que las animaba, que el fa-

moso *Cenotafio*, veterano cantador y de gran estilo, al decir de los sabidores, principiaba un romance ó *corrida* despues de un prelude de la vihuela y dos bandolines que formaban lo principal de la orquesta: allí eran de ver los trinos penetrantes de la vihuela, escitados por la dura púa de concha, en otro tiempo seductor adorno de alguna jóven, sostenidos con los graves y melancólicos del bordon, y compaseado todo por una manera séria y solemne. Comenzó el cantador por un prolongado suspiro (habia estado cuando soldado en la tierra de María Santísima), y despues de una breve pausa, dijo el siguiente lindísimo romance del conde del Sol, aderezado de suyo con suma sencillez y sabor, á lo antiguo:

«Grandes guerras se publican  
Entre España y Portugal,  
Y al conde del Sol le nombran  
Por capitán general.

La condesa, como es niña,  
Todo se la va en llorar,  
—«Dime conde, ¿cuántos años  
Tienes de echar por allá?»  
—«Si á los seis años no vuelvo,  
Os podreis, niña, casar.»

Pasan los seis y los ocho,  
Y los diez se pasarán,  
Y llorando la condesa  
Pasa así su soledad.

Estando en su estancia un día  
La fué el padre á visitar:  
—«¿Qué tienes, hija del alma,  
Que no cesas de llorar?»

—«¡Padre! padre de mi vida,  
Por la del Santo Grial  
Que me deis vuestra licencia  
Para el conde ir á buscar.»

—«Mi licencia teneis, hija:  
Cumplid vuestra voluntad.»

Y la condesa, á otro día,  
Triste fué á peregrinar:  
Anduvo Francia y la Italia,  
Tierras, tierras, sin cesar.

Ya en todo desesperada  
Tornábase para acá,  
Cuando gran vacada un día  
Halló en un ancho pinar.

—«Vaquerito, vaquerito,  
Por la Santa Trinidad  
Que me niegues la mentira  
Y me digas la verdad:  
¿De quién es este ganado  
Con tanto hierro y señal?  
—Es del conde del Sol, señora,  
Que hoy está para casar.

—Buen vaquero, buen vaquero,  
¡Así tu ható veas medrar!  
Que tomes mis ricas sedas  
Y me vistas tu sayal.  
Y tomándome la mano  
A su puerta me pondrás,  
A pedirle una limosna  
Por Dios, si la quiere dar.»

Al llegar á los umbrales,  
Veis al conde que allí está,  
Cercado de caballeros  
Que á la boda asistirán.

—«Dadme, conde, una limosna.»  
El conde pasmado se há:  
—¿De qué país sois, señora?  
—Soy de España natural.  
—¿Sois aparición, romera,  
Que venísme á conturbar?  
—No soy aparición, conde,  
Que soy tu esposa leal.»

Cabalga, cabalga el conde,  
La condesa en grupas vá,  
Y á su castillo volvieron  
Sanos, salvos, y en soláz.»

Concluido el romance, salió á bailar una pareja de las más lindas del pueblo. Componíase de la Sacristana y el Pulío, acreditados bailadores de Robledo.

Él, tan bien plantado en su persona, cuanto lleno de ufanía y mageza, y ella así picante en su corte y traza, como lindísima

en su rostro, y realzada y limpia en las sayas y bajos. El pié pulido de ella, se perdía de vista por los giros y vueltas que describía, y por los juegos y primores que ejecutaba: su cabeza airosa, ya volviéndola gentilmente al lado opuesto de por donde serenamente discurría, ya apartándola con desden y desenfado de entre sus brazos, ya orlándola con ellos, como queriéndola ocultar y embozarse, ofrecía para el gusto artístico las proporciones de un busto griego, para la imaginación las ilusiones de un sueño voluptuoso.

Los brazos mórvidos de la linda proporción, ora se columpiaban, ora los alzaba como en éxtasis, ora los abandonaba como en desmayo; ya los agitaba como en frenesí y delirio, ya los sublimaba ó derribaba alternativamente, como quien recoge un objeto del suelo. Aquí doblaba la cintura, allí se retorcia el talle, por do quier se estremecía, por todas partes circulaba, ora blandamente como el cisne de seda, ora ágil y rápida como sílfide que hiende el aire. El bailaror la seguía, menos como rival en destreza, que como mortal que sigue á una diosa. Los cantadores y cantadoras llovían coplas para provocar y multiplicar otras mudanzas y nuevas actitudes. Este, cantaba aquello de

Pulido bailadorcito

Báilala bien, que es mi hermana

Que si no la bailas bien

Saldrá su hermano á bailarla.

Otro lo de:

Esos dos que están bailando

; Qué paregita que son!

Si yo fuera padre cura

La echara la bendición.

La niña que está bailando

Parece una rosa fina,

Y el bailaor que la baila

Parece un Juan de las Viñas.

Los ojos de mi morena

Son lo mismo que mis males,

Grandes como mis fatigas,

Negros como mis pesares.

El concurso se animaba por momentos, se enardecia, rayaba en delirio. Una de las que presenciaba el baile, recogia la pandereta, y volviéndola y revolviéndola entre los dedos, animaba el compás diestra y donosamente; aquel con las palmas sostenia la cadencia, y segun costumbre de la época, ganábase para despues del baile, con el tocador, un abrazo de la bailadora: todos aplaudian, todos deliraban. *¡Orza! ¡Orza!* decia el uno: *¡De este lado bergantin empavesado!* Otro, al ver y gozarse de un movimiento picante en una actitud de desenfado: *¡Zás, puñalá, rechiquitita pero bien dáa!* De otra parte exclamaban: *¡Máteme V. la curiana! ¡Hágame V. el bien parao!*

Si difícil es el explicar ni describir el fuego, ni el placer ni la locura, no lo es menos el reproducir las sales y sandunguerías que en semejantes fiestas se derraman á manos llenas. Acabó aquel paso entre dos, que por lo bueno era el prefacio, introito ó prólogo del baile, y á él siguieron los bailes comunes de seguidillas y jota, en que la muchedumbre toma parte, y que si bien no son un alarde del arte, presentan no menos variedad y distraccion.

Y si de la seccion del sêxo feo pasamos á la femenina, veremos que venia á completar lo picante y curioso del cuadro, prestándole toda la brillantez y jugo del mejor colorido. Cuatro matronas vistosamente ataviadas, y en años treintenias cuando mas, eran como las capitanas de aquel escuadron mujeril. María de las Angustias, y que por cierto nada tenia de angustioso, Tránsito, Ursula y la Vizcondesa (no hay que preguntar si miraria á derechas), se miraban dirigiendo con la vista las hileras de gitanillas y muchachas bailadoras y cantadoras que se agolpaban en su derredor con las castañuelas calzadas, con muchas flores en la cabeza, el canto y la sonrisa en los lábios, el primor de la danza en los piés, y los movimientos y los pecados mortales en el talle y la cintura. Allí estaba la Peregrina, la Dientes, la Mariquita Tres Pelos, la Pespuntes, la Retozona, la Paraisos, la Boquita y treinta mas, famosas todas por su canto, mientras acá revibraban en los asientos, ó se columpiaban saltando en el terrizo, la Salamandra, la Revoltosa, la Pimenton, la Tinajilla,

la Serení, la Culebrina, la Chispa, y otras no menos acreditadas en Robledo y fuera de él.

Y reproduciendo las sentidas frases de cierto autor, diremos que en cuanto á los vestidos que en aquella noche se lucían, ostentaban entre todos ellos en su testura y matiz todos los cambiantes del iris; las figuras campeaban por sus negras trenzas, por las cejas y pestañas de aquellas morenas y serranas; la grandeza se admiraba solo en los ojos, y lo breve y recogido en tres cosas diversas, á saber: la boca, el talle y el pié, sin meternos nosotros en mas honduras ni curiosidades. Muchos ramilletes en la cabeza y en el regazo, mucho aseo en la persona y el calzado, y mucho derrame de gracia, donaire y sal por todas partes, completaban el conjunto personal y colectivo de toda aquella grey y comitiva, capaz por sí sola de poner en la anarquía mas completa á los penitentes de la Thebaida y de provocar las peticiones mas estrañas en el sínodo y concilio mas ascético y venerable.

Todo aquel concurso, en plena audiencia y cónclave solemne como estaba, por sus frases sueltas y arrinconados cuchicheos daba á entender bien á las claras que algo de grande y de estruendoso habia de sobrevenir. A nuestros lectores no les coje de improviso, pues aunque á la ligera, tienen ya alguna noticia de cierta sorpresa, anunciada nada menos que en medio del baile de Robledo. Las ansiadas puertas de aquel misterio no tardaron en abrirse de par en par, y agitado un tremendo esquilon por la mano forzuda del alcalde, callaron todos, y levantándose Cenotafio, requiriendo antes el sombrero, llamándosele á los ojos, y pasando y repasando la mano derecha á pelo y contrapelo por los lábios como para abrir camino á sus palabras y elocuencia, dirigió al auditorio estas ó muy parecidas palabras:

—Gente buena, y no digo mas: pues señor, como iba diciendo, y aunque no digo nada, algo digo, es el caso que lo que aquí me trae, es eso mismo que todos sabemos, porque lo bueno siempre es bueno, y siempre se conoce quién es cascuno. Habéis de saber que se halla de cuerpo presente en el pueblo de Robledo nada menos que la famosa bailadora de Madrid, llama-

da la *Mariposa*. ¿Qué os parece? ¿Es mala la noticia que os traigo?

—¡Que venga! ¡Que venga! dijeron muchas voces á un tiempo.

Y aproximándose acto continuo una mujer cubierta con un ropon negro de seda, se colocó en medio del corro, saludó cortesmente á todo el mundo, y arrojando el ropon al suelo, que tuvo cuidado de recoger Cenotafio, plantóse arrogantemente aquella mujer, y todos los concurrentes se quedaron estupefactos ante tan elegante y airosa figura.

Y así era en efecto: la tal *Mariposa* era una moza de garbo, trepada y echada atrás, con sus dares y tomares. Tenia una cintura de anillo, un pié de relicario, pantorrilla de catedral. Sus brazos, al desplegarse, parecian las alas de una paloma, y al cerrarse, las armas del dios Cupido: su pecho era un búcaro de claveles, su cuello y su cabeza parecidos á los de la garza: media el suelo y hendia el aire con la magestad de corregidora, la gracia y la sabiduría de la gitanilla de Menfis; sonaba y tañía, picaba y repicaba las castañuelas con vigor y brío, salero y compás, como bailadora deputada de rifas y festejos. Si daba el paseo, parecia la jura del rey y la festividad del *Corpus Christi*; tal era su boato y su gala. Si subia ó bajaba su zaranda, parecia pedir á voz en grito harina y mohina. En una palabra: era una notabilidad en su género. Así es, que cuando acabó de bailar, resonó por todo el ámbito de la plaza un nutrido y espontáneo palmoteo, esforzándose todos los mozos por alcanzar la honra de verla de cerca y hablar con ella.

—¡Magnífica bailadora! decian unos.

—¡Eso es la sal de Jesus! esclamaban otros.

Y por todas partes resonaban las muestras mas inequívocas de la general satisfaccion.

Subióse encima de una mesa Cenotafio, y con voz hueca y aguardentosa, dirigió de nuevo la palabra al auditorio en estos términos:

—«Atento á que esa hembra que ahora poco hemos visto bailar, y que creimos que iba á levantarse á los cielos, es toda una

moza crúa, sandunguera, y qué se yo que mas, propongo á los que tienen la honra de oirme en este momento, digan si quieren ó no pensar como yo, que es espelir un certificado en regla á la Mariposa de este pueblo, y dictao y escrito por nuestro escribano D. Palato; y que al momento mesmo de entregar en sus manos el osequio que pensemos hacerla, se la dé ese testimonio fiel de nuestro profundo agradecimiento.»

—Aprobado, dijeron á una voz casi todos los concurrentes.

Y volviendo la vista hácia un punto, descubrieron una figura magna, de seis piés de estatura, con una cara inesplicable de malignidad y burlonería, amalgamándose en ella lo sarcástico y lo truhan con los rasgos mas sublimes de la inteligencia, y con cierto gesto de bondad dulce y socarrona. El tal D. Palato frisaba en los sesenta años: lo enflautado y lo encanutado de su figura y el amojonamiento de sus carnes, así como lo descarnado de sus brazos y lo prolijo de sus piernas, representaban en todas sus formas al héroe manchego, tan sábiamente delineado por Cervantes. La cabeza de D. Palato era una verdadera calabaza, no aludiendo á su parte interior, sino á la tersitud de su exterior por la falta de abrigo natural; y por cierto que para remediar la desnudez del colodrillo subian como en red los tufos descompuestos, prolongados y canos que entapizaban aun la parte inferior de la cabeza, sujetándose todo este aparato con un peinecillo de hueso negro en lo alto, como cobijando y alfombrando la mollera, los temporales, y la parte mas elevada de la frente.

El traje que vestia este individuo, era una casaca que habia sido negra; pero que el tiempo (único tinte que tiene imperio sobre el tal color) la habia transformado en color de ala de mosca, ó sea una especie de mezclilla tornasolada de mal género. El corte era redondo, con botones grandes de acero; botones que debieron ser abrillantados, y cuya prenda debió haber pertenecido en sus primitivos tiempos á algun consejero de Indias, á algun fiel de fechos, ó á algun médico. Las mangas deshermanaban del cuerpo, y lo accesorio no era de la naturaleza de lo principal. Los calzones habian sido tambien del mismo

color que el casacon; pero en aquel momento no era posible calificarle. Sujetos por su hebilla de hierro á las rodillas de don Palato, y encasestrándose allí con dos medias de estambre negro con sus correspondientes marras, puntos y carreras, descubriase una piel curtida y denegrada que valiera veinte pesos para cubiertas y tapas de algun libro *Becerro* de Ayuntamiento. El calzado estaba en toda regla, siendo tan solo de notar cierta agradable variedad, pues un zapato era chato y romo como perro de caza, mientras que el otro era notablemente puntiagudo y con todas las trazas de una proa. El sombrero era una verdadera alhaja: habia sido fabricado para un juez de la Audiencia de Madrid, despues lo heredó un capigorrón de la Iglesia de San Justo, luego pasó á ser prenda de un alguacil de juzgado, de aquí á formar parte de la guardaropía del Corral de la Cruz, en donde diariamente recibia la luz de las candilejas, tomando parte en las representaciones de *La fuerza de la razon*, *Oros son triunfos* y *El vinatero de Madrid*, comedias muy bien recibidas por el público ilustrado de la época, ora en los entremeses de teatro antiguo, ora en los sainetes de Castillo y de D. Ramon de la Cruz. En la guardaropía del Corral indicado fué donde nuestro D. Palato se posesionó del tal sombrero, esperando darle mayor publicidad y mejor trato del que hasta entonces habia recibido; y á fé que la tal prenda parecia como hecha de molde para su escuálida figura, porque le hermoseaba grandemente, dando cima y remate á su peregrina figura. Siempre que en algun concurso se levantaba D. Palato de su asiento, temeroso él mismo de desplegarse de repente, ó sea de un solo golpe, lo ensayaba poco á poco y gradualmente por no causar susto en los espectadores, manteniendo inclinada la parte superior del cuerpo y recogidas en dos dobleces las dos prolongas de sus descarnados zancos. Así es que al levantarse y tomar la palabra entre el inmenso corro de gentes que se habian agrupado en derredor de la laureada bailarina, dibujaba con su persona, y con bastante correccion, la figura de la letra Z. Quitóse, pues, el sombrero con los cinco garfios de su mano derecha, en cuya evolucion descompuso sus mal atusados cabellos, cayéndosele

todos á un lado á guisa de gorra de delantero. Con su chistera en la mano paseó D. Palato su vista por todos los cuatro vientos cardinales de la plaza de Robledo, dirigiendo así un saludo asaz cortés y comedido al variado pero respetable auditorio que le contemplaba, y su boca, que era una fiel reproduccion de la de un cachalote, demostraba con sonrisa perenne y dudosa una almenada dentadura, jaspeada de verde, amarillo y negro. Esto consistia en que el tal escribano habia hecho un estudio concienzudo de su sonrisa, con cuyo medio creia captarse las simpatías de sus conciudadanos; y á juzgar por el agrado con que su enorme osamenta fué recibida por aquella asamblea, debemos colegir el grande interés que debió inspirar y lo satisfecho que debia hallarse al ver que por esta vez habia conseguido tambien su intento. Así es que mas animado y mas enderezado su cuerpo, moduló los gestos de su boca, y con voz cascadilla, pero penetrante, habló de esta manera:

— «Sabed, amados oyentes míos, que todo cuanto está pasando lo habia yo pensado ya; quiero decir que el escrito que en este momento me pedís, está ya hecho y rehecho; porque como de antaño conocia yo ya á la tal bailadora, y sus gracias y sus meneos, sabia de antemano que seria merecedora de vuestros aplausos. Estos han sido en gran cosecha, y me congratulo de ello, por haber acertado con vuestro gusto, que no es poco ciertamente ni cosa fácil de conseguir.

— Así, pues, infierno de hombres y gloria de mujeres, ¿queréis, deseáis y se os parece bien que se relate y lea el documento en cuestion por vuestro Coronista, en forma, y Farauten, en ejercicio, dignidades ambas que en indivisible diptongo se juntan y confunden, enlazan y matrimonian en esta humilde persona?»

— Que se deletrée y decore, que se relate y refiera, que se lea y relea con sus puntos y comas, gritó á un tiempo toda la concurrencia.

— Pues siendo así, repuso D. Palato, allá va lo que es. Y poniéndose el sombrero con aire de taco, echó mano al propio tiempo á uno de los bolsillos laterales de la casaca, y sacó una

cartera de á fólio algo mugrienta y forrada de badana negra, en cuyo tejuelo en letra asaz curiosa y clara, decia estas palabras: *Historia del marqués de Mántua y los doce Pares de Francia.*

D. Palato abrió el cartapacio por lugar y registro determinado, y sobre papel algo moreno comenzó á leer de esta manera, volviendo majestuosamente su cabeza á todos lados, extendiendo la vista sobre el auditorio y llevando el compás con la mano izquierda á manera de doctor que toma el grado.

«Carta de vecindad y albalá de naturalizacion Robledense que en son de real ejecutoria, firme y valedera, y en favor y gracia de cierta bailadora que se junta sola por alto y por bajo en la ciudad de Bodrio Vianor (Madrid), ha librado y despachado el cónclave una, dos y tres veces respetable, de la gente legítima, buena y regular, grandes y menudos, ellas y ellos, cantadores y cantadoras convocados para el caso en lugar aparente y mediando las ceremonias, chasca, utensilios y boato que en tanta y tal solemnidad es requerible y precisa: atencion y sonsoniche.»

—¡Muy bien! digeron unos.

—Silencio, y dejadle hablar, repusieron otros.

«Estando en los estrados de costumbre, juntos en uno, en consejo abierto convocado á son de cencerro y jarro tañido, un dia diputado y señalado para el caso, segun es antiguo fuero y usanza en el pueblo y república de los hombres de verdad, y mujeres de carne y hueso, tacto y contacto: puesto por cabeceira y presidencia, en lugar de privilegio el señor Pedro Boliche, alcalde nato del insigne pueblo de Robledo de Chavela, conde y príncipe de la Cofradía, rey de los dos Polos é imperante en las cordilleras que dominan nuestros estados, acompañado y rodeado de todos sus chambelanes, senescales, maestresalas y maceceros correspondientes, vulgo heraldos inferiores, mayordomos, escuderos, gentiles hombres y demás tropa y gavilla, y puesto todo á punto é instruidos y bien cerciorados de lo que se trata, y con asesoramiento de personas de ciencia y conciencia, larga vida, mucho visto, mas oído, aprendido y tocado, de muchas entradas y salidas, y de infinidad de noticias, historias, casos

y sucedidos, todos con su propia boca digeron: que se les ha hecho buena y circunstanciada de relacion, leal, legítima y de ojos vistos y de innegable certedad, sin mas dudar en ello, por osandotes, peregrinos, pasajeros, gente que va y viene, que oye, escucha y entiende, peritos en la materia y rematados en el arte, de haber aparecido procedente de los *Madriles del Rey*, cierta bailadora llamada con justicia Mariposa: hija del aire, nietezuela del fuego, mapa del mundo, crema del licor, flor de la canela y remate de lo bueno, que por alto y por bajo, por liso y raso, por menudo y repicado, por lo cabriolin y trezadillo, y por los quiebros y requiebros, provocaciones y tentaciones de su cuerpecillo y cintura, es maravilla de la naturaleza, asombro de los nacidos, estimulante de la vida y sabroso mortificante de la carne, que vuela sin plumas, al revés de mí que soy hombre de pluma y no vuelo, que quema sin candela, que aparece y desaparece, ligera como el pensamiento, triscadora, impalpable, aérea, divina, celestial, etc., etc., etc.

» Y dichos señores, no dejándose llevar de voces vanas ni de pronto y súbito, antes bien dando tiempo al tiempo, consultando, interrogando é inquiriendo segun la importancia del caso requiere, siempre salía y remanecía lo mismo pintiparado, á saber: que la dicha bailadora era cosa rica y grande, y no contentos con ello nombraron personas deputadas y señaladas de su seno y grey para que se llevasen ellas á sí mismas, y en brazos ó en piernas se trasportasen y portearan al sitio y lugar en donde se parecia y mostraba tanta maravilla, para que dieran informe por escrito y de palabra de lo que viesan y entendiesen, resultando de todo ello mayor canonizacion, gloria y edificacion: por todo lo cual, mirando, considerando y contemplando esto, aquello y lo demás allá, aquellos señores digeron:

» Que por cuanto dicha bailadora es un modelo en su clase, una anguila retorciéndose en el agua, un águila hendiendo el aire: teniendo en cuenta su manera de navegar, y tomar y soltar rizos, que se empavesa y arrisca echando juanetes, y airosa con flámulas y gallardetes, llegándose hasta los cielos, amañando y arriando de súbito, quedando en facha, desa-

fiando con bandera de guerra potentados de la tierra y de los mares: considerando que aquel braceo es de todo recibo como de jardinera que coje rosas y jazmines, ó jitanilla que lucha y baila con su propia sombra: mirando muy en ello aquellos disparos y estalles de piés, que no los alcanzan los ojos ni puede divisarlos el pensamiento del alma: á que con los susodichos piés escribe en el aire y pinta en la misma luz, tirándolos como cosilla perdida hácia los cuatro ángulos de la tierra; que los juega y esgrime como maestro de armas; que los escarece y engatusa, los baraja, vibra y ondea como el escardillo y sus resplandores en la pared; que los teje y trenza como los bolillos en mano de la encajera; que fija el uno en la tierra tan firme como el polo antártico, levanta el otro y se hace chapitel de torre que el viento revuelve, convirtiéndose en el pájaro que hace la letra Y, ó lo estiende y se hace reloj que señala desde las seis á las siete; que los bate, en fin, como la mariposa sus alas y su abanico las mozuelas y las viudas: contemplando que en todos los trances, pasos y accidentes del baile, pone cuanto condimento y especias son convenientes, sin omitir la vainilla ni el hinojo; que toma tierra con gracia y aseo; que es pernera, chazadora, galopante y lomo levantado; que lleva los jaeces con rumbo, y que todos los arreos los sacude con gala y aire, dejando ver mucho y adivinar mas.

» Dichos altos señores (aunque no tanto como yo) fallaron en toda regla que debian declarar y declaraban á la referida bailadora, mujer legítima de la tierra, sin la menor mezcla de sangre estraña ni corrupta, gatita líquida, apurada, catada y recatada, y que por tal la señalan y fallan una, dos y tres veces, y las demás necesarias en derecho, que nadie puede venir en contrario, y que por lo mesmo se la inscriba en el número de las primeras y decuriones de la Hermandad, señalándosele aposento en las casas consistoriales del insigne pueblo de Robledo, por ser el edificio mas grande que le adorna (aparte de la casa del Señor), como feligresa y colegiala, y haciéndosele desde luego repartimiento de sal por su derecho de vencindaje.

» Se declara así mesmo que su personilla es la estampa de

lo bueno, y cortada de moda para la historia del baile español, y que ni pizca mas, ni pizca menos, fuera tan de recibo cuanto al presente lo es su propia esencia y potencia; que las vueltas, revueltas y mudanzas que finge, las carrerillas que hace, los encuentros y golpes que da, y las suertes que saca, es que lo pinta soberanamente.

»Y se declara que, de la cintura á la zaga, es la reina de todos los movimientos.

»Se declara tambien que la torre de Santa Cruz no levanta mas alta su veleta, que ella los perniles y pinreles. Que si mata la araña con todo conocimiento y tilin, valiéndose de la punta con gran primor, no menos desmenuza el mundo en tales movimientos é hiciera polvo los perdigones.

»Declárase igualmente, que hace el *bien parado*; que finge el capeo con el trapo de sus sayas; que gallea, cita al bicho, entra y sale en jurisdiccion, pone arponcillos siempre rematando y sin enfrontilarse, ni quedando en embroque, sino cuando lo quiere y es su gusto, y que llama á los pollitos como la cluecla moñona que llamaba uno y salian veinte.

»Y se declara asimismo, que dá las pavitas de Roma como page de cardenal; que su paso es callado, corto, cuco y cortés; pulido, tudesco, perdido y puntero, segun conviene al caso; que su cuerpecillo es tunante, picarrillo, muy pitero y con mucho gancho en la retrechera; que en el cuneo parece que se columpia y que es sonsacador, provocativo, codicioso y con mucha fuerza de chupe; que hace la tijera con soberano poder, que tiene el mareo muy suave y que no hay mas que tenderle la manta. Y por final y postre, se afirma, falla, sentencia y ratifica, que cuando hace la *sota de bastos* es para matarla, y en el *remanque* parece la *Rial de España* que iza bandera. Que como culebrita y sierpe, enreda y ciñe al prógimo por la cinturilla arriba con los huesecillos y coyunturas, y que si se regocija y rebulle y toca á *Aleluya*, parece sábado de gloria, capaz de hacer repicar todos los campanarios del mundito y disparar todas las baterías del sentidito.

»Y últimamente, se manda que de esta ejecutoria y albalá de

fallo definitivo, se saquen copias y testimonios, derramándolas por el universo mundo para edificacion de los nacidos, y envidia de cuantos tengan buena sangre y quieran reunirse á nuestra banda.

»En fuerza de lo cual, así lo digeron y firmó el que supo, en el pueblo de Robledo de Chavela, el dia de la Asuncion de la Virgen, 15 de agosto de 1780, celebrado en toda la cristiandad de dicho pueblo; de todo lo cual, yo, el escribano perpétuo, secretario de este ayuntamiento y de esta cámara, doy fé.»

—Caterva de hombres y colmenilla de mujeres, dijo Cenotafio mirando á todas partes, ¿os parece bien la relacion y letra menuda del escribano D. Hermenegildo Palato? Y si así es, ¿admitís y teneis por vuestra para defenderla y matarse por ella como lobos rabiosos, á esa *Mariposilla*, á ese *pan del cielo*, antes Virginia Ruiz, y ahora llamada por nuestra confirmacion y potestad, buena y rebuena, la rubilla Carmela?

—Aprobado, y admitida y bautizada, gritaron en diversos tonos las muchas y diversas gentes de aquella admirable reunion nocturna. Todo queda aprobado y mas firme, añadieron, que los cimientos del machote que divisamos por la parte occidental de nuestro pueblo.

Deshízose el gran grupo que con este motivo se habia allí juntado, y llevando en triunfo á Carmela, se dirigieron á un ángulo de la plaza, donde debia tener lugar la funcion de pólvora dispuesta por el hijo de Anton Chamorro; agolpóse casi toda la gente hácia aquel punto, y despues de unos cuantos cohetes soltados al aire, y que dejaron con la boca abierta á toda la paletería, se arrimó fuego al árbol dispuesto, y en menos de diez minutos volvió á quedar todo en la misma oscuridad que antes. Lamentáronse de la prontitud con que habia terminado la tal funcion de pólvora, y aguardaban que el consabido esquilon sonase de nuevo para proseguir los artículos del programa.

El alcalde Boliche se instaló de nuevo delante de la mesa presidencial, con lo cual se anunciaba un nuevo aviso que proporcio-